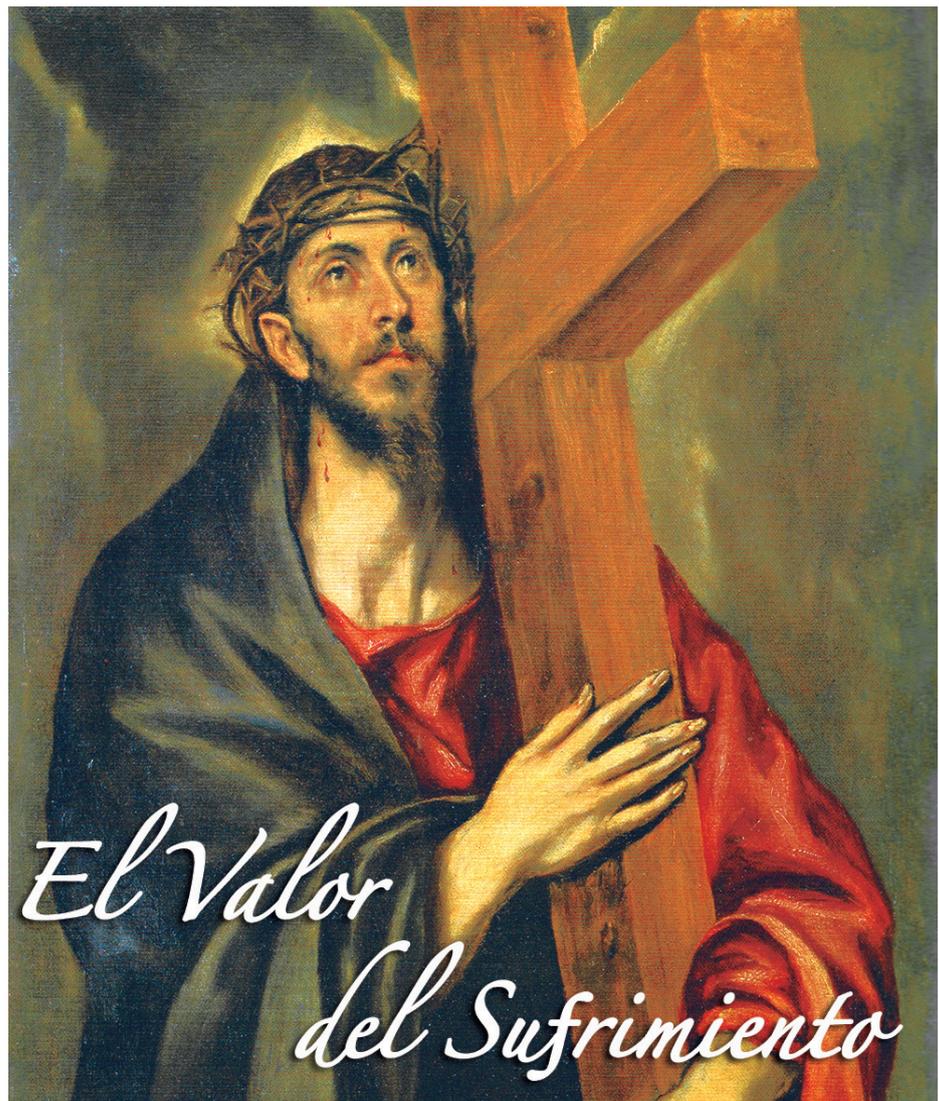




BOLETÍN TRIMESTRAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
FEB - ABR DE 2020 Número 178 Donativo \$7.00 M.N.



Hay una ley fatal, misteriosa, universal e inexplicable para la ciencia.

Es la ley del sufrimiento que, a semejanza de un gran río, ha pasado durante seis mil años sus amargas aguas a través de todas las generaciones, y todos los mortales, en mayor o menor medida sin excepción, han bebido de ellas. La humanidad, a pesar de sus desesperados esfuerzos, pese a las maravillas de la industria, la ciencia y la magnitud de sus adelantos, no ha cesado un momento de sufrir; hasta ahora no ha llegado a vencer la pobreza, las enfermedades y la muerte.

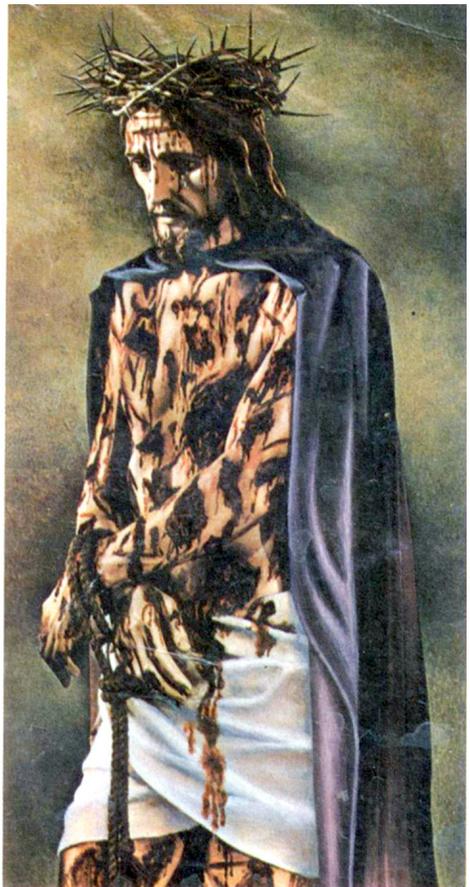
Jesucristo hubiera podido, sin duda, abolir de un plumazo el dolor y, en virtud de la gracia infinita de la Redención, devolver al hombre al estado de felicidad completa sin mezcla de dolor, que gozaba en el paraíso. No lo quiso. Pensó que para muchos el sufrimiento se convertiría en mérito, en ganancia, en fuente de gloria y elemento de renovación y de triunfo, que para la mayoría sería una expiación necesaria. Así que, mantuvo el sufrimiento pero lo purificó, lo ennobleció, lo transfiguró haciéndolo suyo. Pudiendo aparecer lleno de esplendor y majestad, se hizo “*varón de dolores*”, en el sentido estricto de la palabra.

Al unirse estrechamente al sufrimiento, Jesucristo, no lo privó de todas sus asperezas y sus punzadas, sino que, lo despojó en parte de su

amargura destruyendo su veneno.

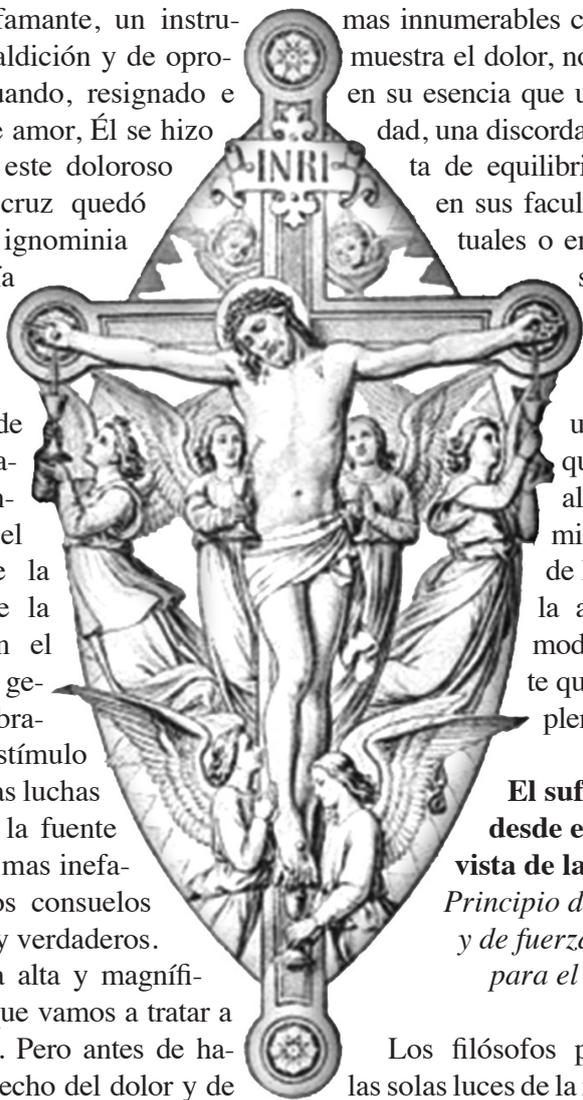
El hombre se perdió en el paraíso de delicias y se volvió a levantar en los sufrimientos del Calvario. Había despreciado ir a Dios por el camino de la felicidad; Jesucristo abrirá una ruta mejor y más segura, la de la cruz. El cielo y la tierra estaban separados, la cruz los unió. En la cruz está la salvación; en la cruz está la fuerza y el gozo del espíritu; en ella se encuentra la virtud completa y la plenitud de toda santidad.

La cruz, antes de que Jesucristo permitiera que le crucificaran, era



un signo infamante, un instrumento de maldición y de oprobio; pero cuando, resignado e inflamado de amor, Él se hizo extender en este doloroso madero, la cruz quedó limpia de la ignominia que la había manchado, se convirtió en el punto de partida de una restauración esplendorosa, en el emblema de la realeza y de la grandeza, en el premio del genio y de la bravura, en el estímulo fecundo de las luchas heroicas, en la fuente de los goces mas inefables y de los consuelos más sólidos y verdaderos.

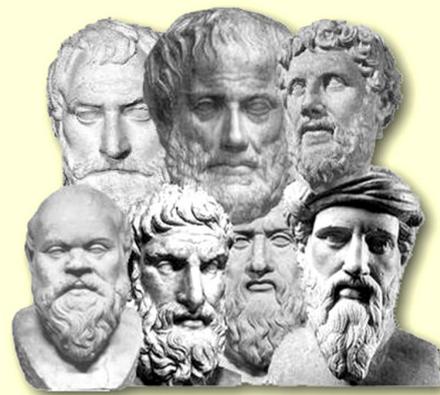
Esta es la alta y magnífica doctrina que vamos a tratar a continuación. Pero antes de hablar del provecho del dolor y de los bienes maravillosos que proporciona al alma, mencionaremos su noción filosófica recordando la definición que da Santo Tomás de el dolor. Él lo define como un mal que repugna, es decir, un obstáculo que se opone al ejercicio de las facultades del alma o al libre desarrollo de la vida corporal y sensitiva, y sean las que sean las características o las for-



mas innumerables con las que se muestra el dolor, no es otra cosa en su esencia que una contrariedad, una discordancia, una falta de equilibrio o armonía en sus facultades intelectuales o en los órganos sensibles del cuerpo. En resumen, el dolor es un estorbo, que se opone al desenvolvimiento normal de la vida, como la alegría es un modo conveniente que favorece su plena expansión.

El sufrimiento desde el punto de vista de la naturaleza
Principio de dignidad y de fuerza moral para el hombre

Los filósofos paganos, con las solas luces de la razón, habían entrevisto el sufrimiento como la mejor escuela, donde el hombre podía formarse en la ciencia laboriosa y difícil del conocimiento de sí mismo y en la que se prepara para cumplir un día, los deberes pesados de la vida humana. Decían: “*Desdichado el niño de fortuna, adormecido en la fascinación del lujo y la molicie, desdichado el hombre a*



quien el mundo ha sonreído siempre y que jamás ha sentido traba ni contrariedad en sus deseos. Desdichados los pueblos, cuando el cetro y el poder público vienen a caer en manos de tales hombres.” Como Tiberio y Nerón, serán el azote del género humano; la tierra entera se presentará a sus ojos como una presa destinada a la satisfacción de su colosal orgullo y de sus apetitos más desmesurados y brutales.

¿Qué mortal ha mirado jamás cara a cara al áspero y sombrío sufrimiento o se ha medido con él cuerpo a cuerpo, sin que pronto no lo haya bendecido como un regalo del Cielo? Lo mismo que los metales más duros se reblandecen y se funden bajo la acción del fuego, así el sufrimiento transforma a las almas nobles; suscita en ellas una virtud que las toca, las restaura, las dulcifica y las sobrenaturaliza.

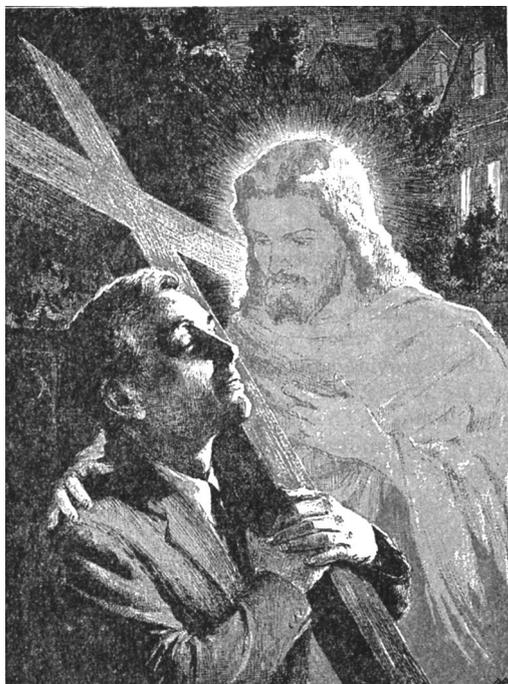
Al hombre probado por grandes y sangrantes reveses,

lejos de despreciarlo, vemos en su dolor una purificación gloriosa de su vida; un sentimiento secreto nos dice que allí hay un ser privilegiado, cuidadosamente preparado por la mano divina para destinos más gloriosos que los temporales. Admiramos en él, una nobleza más resplandeciente que la de su sangre, la nobleza del sufrimiento impasiblemente soportado. El alma que ha sufrido intensamente y durante mucho tiempo parece que tiene menos apego a la tierra. Su aspecto templado y mortificado le da una apariencia más angélica y menos humana. Una voz secreta, ¿no nos dice que estas almas poseen una visión más profunda de los misterios del Cielo y que su corazón es un santuario que exhala un gran perfume de fe, esperanza y amor?



Nuestra voluntad es a menudo vacilante e indecisa y nuestra vida está sembrada de tantas irregularidades y tristes inconstancias, que una nadería nos hace caer; que una palabra poco medida que nos han dicho, una variación en la serenidad del cielo son suficientes para hacernos pasar de la alegría al abatimiento. La causa de estas fluctuaciones y de estos cambios no es otra que la fobia y el horror instintivo que sentimos por el sufrimiento, el cual nos hace rechazar las menores privaciones y molestias y, con diligente cuidado, apartar de nosotros todo lo que se presente con apariencia de sufrimiento. Ninguna virtud puede crecer en almas tan versátiles, ninguna dignidad es conciliable con un carácter que oscila al viento de todos los cambios y de todas sus casualidades; que se retrae de sus deberes austeros y se torna esclavo de las más fútiles fantasías. Olvidando que la vida humana es una realidad y no una ficción, busca distraerse con entretenimientos frívolos, consumiendo, sin fruto alguno, el tiempo y el talento que Dios le confió.

Nada más lejos de la infinita pequeñez de estas almas flojas y afeminadas que la actitud firme y magnánima de aquél que, a fuerza de luchar con vigor contra el sufrimiento, se ha vuelto como insensible a sus heridas y a sus dardos.



¡Qué hermoso es verlo sereno y majestuoso en medio de las tempestades y de las sacudidas de las pasiones! Lleva en él mismo un santuario de tranquilidad, descanso y felicidad. Los hombres y los elementos conjurados no tienen poder para ofenderlo o dañarle.

Un día, el príncipe de los filósofos se había planteado esta difícil cuestión: Si la divinidad se dignara alguna vez bajar a la tierra, ¿qué figura le convendría para mostrarse? Platón pasó largo rato en silencio, meditabundo, pasando revista una a una todas las figuras de la humanidad. Finalmente, se representó un hombre y éstos son los rasgos que le parecieron más convenientes: *“ajeno a toda contienda, respondiendo a los tratos más crueles con*

la dulzura de la bondad, calmado y sereno en medio del desenfreno de los ultrajes y del frenesí de un populacho amotinado, brillando hasta en el patíbulo infame, donde le había hecho subir la incomprensión de la virtud.”

Platón pensó que si la humanidad llegaba alguna vez a producir una figura como ésta, habría hecho su supremo esfuerzo, que la tierra no tendría un espectáculo más bello que ofrecer al cielo; y con el entusiasmo y la solemnidad del sabio que pronuncia una de las grandes verdades que jamás ha escuchado el oído humano, exclamó: “*Si la divinidad se digna alguna vez hacerse visible a los ojos de los hombres, no habrá más que una figura digna de ella, la del JUSTO SUFRIENTE.*”

El sufrimiento desde el punto de vista de la gracia

Nuestra incorporación a la vida divina de Jesucristo

¿Satisfizo Jesucristo de un modo total y absoluto por nuestros pecados?, ¿tomó sobre Él no sólo la pena eterna, sino también la pena temporal que debíamos por ellos? Santo Tomás responde de manera afirmativa, pues la Iglesia no impone ninguna penitencia a los fieles admitidos a la regeneración bautismal; y, si murieran a continuación de haber sido regenerados por el sacramento, serían admitidos inmediatamente a



la visión de Dios, sin pasar por las llamas del Purgatorio.

Pero a los bautizados, culpables de faltas graves, después de la gracia insigne del bautismo, la redención ya no se transmite de esta forma privilegiada, plena y sobrea-bundante. Después del bautismo, la misericordia divina no descien-de sobre nosotros sino acompañada por la justicia. Los méritos infinitos y los frutos de los dolores de Jesucristo no los adquirimos automáticamente, sino con la condición de que nos apropiemos de ellos mediante una cooperación personal y con esfuerzos enérgicos y costosos. En una palabra, la peni-

tencia, como dice Tertuliano, es un bautismo trabajoso.

De ello se sigue, que no hay más que dos caminos para llegar a la vida eterna: el de la inocencia y el de la penitencia. La penitencia es una ley de proporción. San Pablo precisa claramente su intensidad y su medida con estas palabras: *“Tanto como hayáis abusado de las criaturas para conseguir goces, usándolas indebidamente, otro tanto debéis absteneros de su uso permitido.”*

El principio fundamental de la penitencia reside en el hecho de que para el hombre caído por segunda vez, no hay más que un modo de regeneración: la aceptación valiente y voluntaria de una parte de dolor igual a la parte de gozo y dulzura saboreada por el pecado; y ésta no tiene lugar sino cuando se quita lo que es conveniente y se priva de una parte de lo que es útil o necesario.

El sufrimiento tiene, sin embargo, una causa más alta y más universal que la expiación.

Esta causa es la consecuencia de uno de los misterios más profundos

y más incomprensibles de nuestra fe, en el que se resume toda la economía del cristianismo: la incorporación de nuestra vida a la vida divina de Jesucristo. Se puede decir, en cierto sentido, que Jesucristo en el cielo no está completo. Jesucristo y todos los fieles no forman más que un solo cuerpo y un solo espíritu. Jesucristo no alcanzará su crecimiento total, ni entrará en

la plenitud, sino después de que el ángel del Señor haya marcado con el sello del Dios viviente la frente del último de los predestinados y estos se sumen para componer la ciudad celestial y se añadan al edi-



ficio como una piedra viviente en la eterna Basílica de los Santos.

Jesucristo inmediatamente después de su concepción, podía haber salido del seno de su madre centelleante de esplendor y haber sorprendido al cielo con su entrada triunfal e imprevista. No lo quiso así. El camino más fácil y más corto no es el que atraía más a su Corazón para entrar en el santuario de su gloria. Prefirió subir al cielo por los peldaños ensangrentados con sus

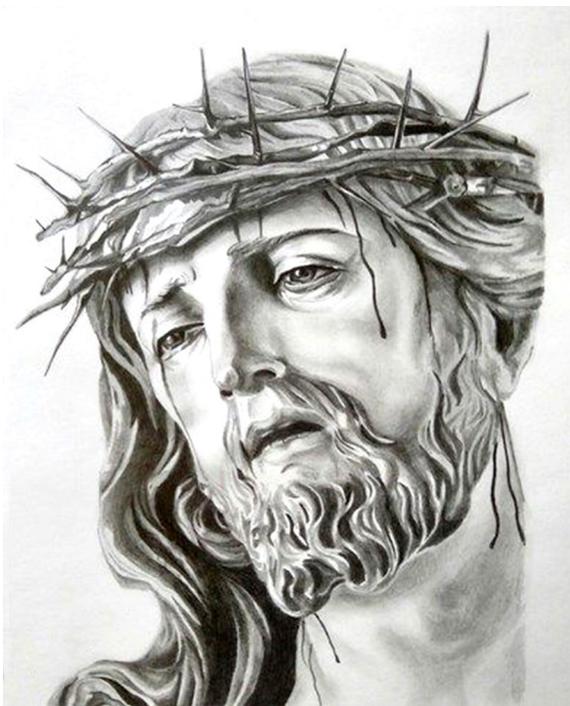
ignominias y sus acerbos dolores. Quiso entregarse todo entero como pasto del dolor y de los pies a la cabeza experimentar sus golpes sangrientos y crueles. Esto que se realizó en el Jesucristo individual, debe perpetuarse en su cuerpo místico. Es la ley de indestructible solidaridad establecida entre la cabeza y los miembros. No podía convenirles a éstos entrar en la gloria sin pasar por las transformaciones que el jefe sufrió. No es posible admitir que Jesucristo hubiera querido abrir dos caminos opuestos que conducen al cielo: uno para Él, duro pasando por la cruz; el otro para los suyos, cómodo, sembrado de rosas y delicias. El cuerpo de Jesucristo está unido y ligado en todas sus partes. Por ello dice San Bernardo: “*¿No*

formaría un conjunto monstruoso, un contraste extraño y discordante, si una cabeza coronada de espinas estuviera unida a unos miembros delicados; ¿Que nos avergüence ser un miembro delicado, bajo una cabeza coronada de espinas!”

¡Ah! las penas y las aflicciones que nos destrozan el corazón, están lejos de dejar indiferente a Jesucristo. Nadie lo conoce mejor que Él y nadie se compadece más vivamente, porque Él sintió las mismas impresiones, y en el Huerto de los

Olivos, soportó personalmente todas nuestras faltas y todos nuestros desfallecimientos. Para merecer ser glorificado un día con Él, es totalmente necesario que suframos con Él en esta tierra. Si sufrimos con Él, es para también ser glorificados con Él; y del mismo modo que al final de nuestra vida entraremos a participar de la Ascensión de Jesucristo, es necesario que recíprocamente, mientras dure nuestro peregrinaje, completemos en nosotros lo que falta a las angustias y torturas de la Pasión.

Estas consideraciones explican la sed de sufrimientos por la que estaban devorados los santos y el amor a la cruz por el que se sentían inflamados ponía en sus labios acentos incomprensibles.



Magnífico fruto el del sufrimiento que nos hace morir a nosotros mismos tan solo un instante para llevarnos a vivir en Jesucristo una vida divina; que nos sepulta en una sábana sombría y dolorosa, sólo para depositar en las profundidades de nuestro ser, la semilla de la inmortalidad y para elevarnos con una dulce anticipación al orden de la gloria y la resurrección.

El sufrimiento desde el punto de vista de la gloria

Principio y fuente de esperanza para el hombre

El misericordioso Salvador, para suavizar nuestros males y moderar nuestras pruebas en este valle de desengaños y de miserias, quiso darnos la garantía cierta de su ternura, ofrecernos las arras de la felicidad celestial que Él nos prepara. Estas arras, este testimonio auténtico de la visión beatífica que hacía suspirar a las almas de los santos, no son los sucesos brillantes de este mundo, ni una gloria o una felicidad temporal, sino la prueba y el sufrimiento.

Los santos no ambicionaban otros bienes ni querían otra paga a sus esfuerzos que el dolor y el sufrimiento. A primera vista, esto confunde a la razón y desconcierta todos los juicios humanos. Pero los santos, al vivir en altas cumbres de la fe, veían los sucesos de aquí abajo y los destinos humanos, con otro

prisma y a través de otros horizontes; juzgaban las cosas del tiempo, en relación con las de la eternidad y penetraban el más profundo sentido de una de las más sublimes frases contenidas en las Escrituras: “LA



ESPERANZA ES LA HIJA DE LA PRUEBA.” Sin prueba no hay esperanza.

Supongamos un hombre que tenga en esta tierra satisfechos todos los deseos; se adormecerá en esta prosperidad fatal; ya no reclamará la otra vida; los pensamientos celestiales no tendrán capacidad para despegarlo del barro de las cosas materiales y sensibles. Pero si un deshonor, una cruel aflicción tocan, en este hombre, sus puntos dolorosos y punzantes, inmediatamente, como un líquido comprimido en una vasija pequeña, su corazón encogido y aplastado bajo el peso de la pena buscará abrirse una salida.

Al no encontrar en el presente un solo objeto sobre el que apoyarse, ni que le prometa consuelo, retirará los estorbos efímeros del tiempo y del espacio; hundirá sus miradas ávidas en las montañas de la misericordia infinita, de la que destilan todos los refrigerios, toda la luz y todos los auxilios.

El patriarca Job, en su conmovedora historia, nos revela la profunda economía del sufrimiento y nos señala las fuentes de abundantes delicias en las que las almas pueden beber a grandes tragos, en medio de los más acerbos infortunios.

Job tenía rebaños e innumerables ovejas; tenía hijos, objeto de sus delicias, unidos entre sí por los más dulces afectos, tenía amigos, tenía una esposa y, en fin, tenía un Dios a quien ofrecía sacrificios siete veces al día. Pero Dios le despojó de todos los bienes que antes le había dado y más aún, le retiró el rocío de los consuelos celestiales pareciendo haberlo dejado en un total abandono.

Jamás, ciertamente, las aguas del dolor desbordadas habían impulsado la multitud de sus olas con ímpetu y una abundancia tan grande sobre la cabeza de una víctima, y en un momento parece que la desesperación invade el alma de Job, y

toda su resistencia se quiebra y exclama: *“La vida se ha convertido para mí en un peso intolerable... perezca el día en que nací y en el que se dijo: un hombre ha venido al mundo... Que este día quede cubierto de tinieblas, que sea borrado de los meses, que no se cuente entre los días del año, que nunca sea iluminado por luz alguna y quede envuelto en una niebla y una amargura sin fin... ¿Por qué me hiciste salir del seno de mi madre y no morí antes de ver la luz del día?... ¿Por qué fui cunado sobre unas rodillas y me alimenté del seno de una mujer?... El corto número de mis días terminará pronto... ¿Es digno de tu poder interesarse por una sombra?... Déjame para que pueda llorar mi dolor antes de la hora fatal*



en que entraré en la tierra fría y silenciosa que la muerte oscureció con sus sombras.”

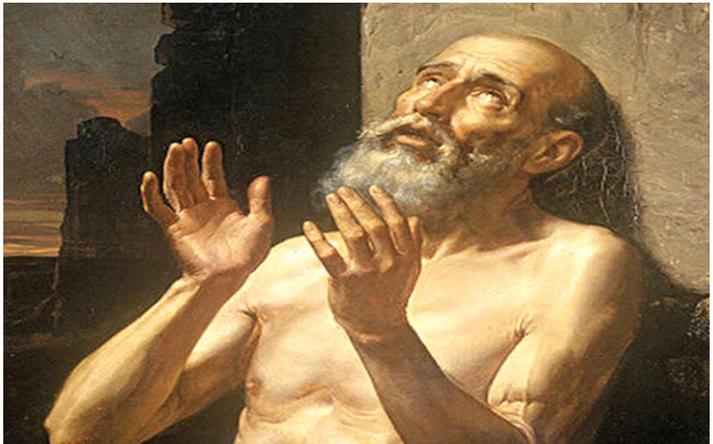
Pero, de repente, Job cesa en sus lamentos; en su ser se obra una transformación, su cara se ilumina, su frente y su mirada se tornan serenos y radiantes. Un himno de esperanza se escapa de sus labios como un río de alegría y de paz. ¡Qué bello es ver ahora a Job diciendo a los gusanos: *“vosotros sois mis hermanos”* y a la podredumbre: *“tú eres mi hermana”*, mientras que, sentado sobre el estiércol, como un triunfador, exclama con el ímpetu y el entusiasmo de su fe: *“¡Yo sé que mi Redentor vive y que un día lo veré con los propios ojos de mi carne y no con los de ningún otro!”*

Jamás boca humana había pronunciado un cántico más elocuente y divino. Este modelo del justo probado, triturado, aniquilado, descendido al último escalón de la miseria material y moral, ¿no se ve recompensado, en un abrir y cerrar de ojos, de todo lo que ha sufrido? De un solo salto se eleva y se coloca por encima de los sentidos, por encima de la naturaleza, por encima de lo que jamás ha osado concebir la razón humana. Esta intuición está escrita con certeza abso-

luta, grabada en el fondo de su corazón: *“Yo sé que mi Redentor vive...”*

¡Ah!, ¿quién de nosotros ha pronunciado jamás esta frase, viva de Job, sin haber sentido inmediatamente sus efectos? Esta frase ¿no hace levantarse el alba de la serenidad en medio de los duelos más negros?, ¿no ha inundado nuestra alma de una alegría superior y desconocida en el momento mismo en el que una lágrima de sangre se escapa de nuestros ojos?

Bendigamos al Señor, entreviendo en los secretos de su justicia las profundidades infinitas de su misericordia y digamos: *“Si el Señor da satisfacciones a sus enemigos, ¿qué reserva a sus servidores? Si en la distribución de los bienes y de los males hace inclinarse la balanza hacia los que le ofenden y blasfeman, es que para sus amigos, todas las fortunas y todos los imperios de la tierra le parecen un presente de muy poca importancia”*. Regocijémonos en nuestras



tribulaciones y midamos nuestra grandeza venidera por nuestras amargas presentes y por la dificultad de nuestra prueba.

San Juan Crisóstomo en su homilía sobre el rico Epulón y el pobre Lázaro, nos revela la sublime filosofía del sufrimiento, deduciendo una enseñanza admirable: El rico Epulón, en medio de su corrupción y de su gran perversidad, había hecho en este mundo pequeños actos buenos.

Durante la vida presente nadie puede ser malo de una forma absoluta; los más impíos y los más perversos obedecen a veces la ley moral en algunos puntos; en medio de sus desarreglos conservan algunos restos de virtud natural. Inhumanos, esclavos de sus codicias, hay sin embargo circunstancias raras y excepcionales, en las que se muestran justos, clementes, desinteresados. Como Dios se reserva el castigarlos rigurosamente algún día a causa de sus crímenes y como por otra parte vela por el honor de su justicia, para no dejar sin recompensa ninguna obra buena por pequeña e imperfecta que sea, frecuentemente les concede en este mundo a los malos y a los impíos con prodigalidad, placeres y bienes temporales.



Como al rico Epulón, les otorga una vida brillante y suntuosa, les da mesas exquisitas y abundantes, alfombras blandas, una multitud de aduladores, el resplandor y la pompa de todos los goces deseables. El rico Epulón había recibido, pues, sus bienes. Lázaro, al contrario, adornado por todos los bienes celestiales, alcanzada la cumbre de la perfección por su paciencia heroica, probablemente se había dejado sorprender por ligeras faltas cometidas por fragilidad. Es posible que ante la insolente prosperidad de aquél de quien imploraba en vano las migajas y las sobras, su corazón se hubiera agriado y rebelado un instante. Puede ser también que su fe y su confianza se hubieran debilitado y en cierta medida hubieran

flaqueado. Como Dios se proponía incluir a Lázaro en el número de sus elegidos y coronarlo para toda la eternidad, y por otra parte al no recibir a los justos en su seno, hasta estar totalmente purificados de toda falta, quiso en sus secretos designios que Lázaro, durante su carrera terrestre, pasara por largas y difíciles pruebas: le mandó las llagas, la pobreza, la enfermedad, el abandono, el desprecio. Así, cuando Lázaro llegó a su término se encontraba libre respecto a la justicia, había recibido sus males. El rico Epulón y el pobre Lázaro habían recibido del divino Remunerador lo que se les debía; el rico los goces voluptuosos, los honores y las riquezas, en el tiempo, pero a cambio de suplicios sin fin y sin medida en la eternidad; el pobre pruebas y tribulaciones extremas en esta vida, pero en compensación y después de la prueba, una felicidad sin mezcla y sin alteración. Así, el orden y la igualdad serán un día enteramente restaurados y la conducta y los divinos designios de la Divina Providencia quedarán plenamente justificados el día del juicio.

Dejemos que estas saludables consideraciones penetren en nosotros y las adversidades de la vida no llegarán nunca a abatirnos. Entonces, en vez de estallar en llantos y murmuraciones contra la severidad de Dios cuando su mano paternal nos golpee, le bendiciremos a cada instante y recibiremos con gratitud las enfermedades del cuerpo y las tristezas del espíritu como el signo

más cierto de su predilección y de su ternura. Dios corrige a los que ama. Este pensamiento, ¿no les abría a los santos la fuente de los consuelos más vigorosos y embriagadores?

Al evocar los recuerdos de nuestra vida, ¿no reconocemos claramente que en la época en la que hemos sufrido más desolaciones y mayores amarguras es cuando nuestro corazón se ha sentido más vivamente tocado por la impresión de Dios y cuando nos hemos sentido más cercanos al Cielo?

¡Ah!, dejemos de acusar al Creador de severidad e injusticia. Si Dios nos prueba y nos arrebató lo que amamos, si hace que destile gota a gota la hez amarga de las decepciones y las aflicciones, esto no es para despojarnos de algo de lo que no queremos ser despojados, sino para revestirnos antes y con más esplendor de la inmortalidad.

Pensemos en un gran artista que quiere esculpir una estatua. Tiene en sus manos un mármol tosco en informe, se arma de su cincel y sin piedad golpea con fuerza, hace saltar la piedra a pedazos, hasta que la idea que les inspira se refleja en los rasgos de la estatua y le infunde la gracia y la majestad que serán la admiración del universo.

Dios hace lo mismo: arma su mano paternal con el cincel de la mortificación y talla nuestros afectos donde les duele; no se deja conmover ni por nuestros gemidos ni por nuestros gritos; nos quita sin piedad los afectos, las amistades, la

salud, la reputación, que eran partes vivas de nuestro ser. Pone en el crisol del dolor las ligaduras, los lazos secretos e invisibles que nos atan con el amor a las cosas terrenas y p e r e c e d e - r a s ; los funde y elimina con firmeza las escorias que quedan entre nosotros, para que nuestra alma así espiritualizada se convierta en un lienzo bien preparado donde los rayos de la divina bondad imprimirán un día su imagen.

Esta era la esperanza de la incomparable madre de los Macabeos, que viendo muertos a sus hijos a manos de un tirano, exclamó hermosamente animando al más joven a morir: *“¡Ah!, desprecia la tierra y todo lo que contiene y no te dejes asustar por las amenazas de este tirano cruel; te pido que dirijas tu mirada al cielo, la tierra y todos los seres que contiene... recuerda que es Dios quien los sacó de la nada y quien creó la raza de los hombres.*

Recibe de Él la muerte para que Él te reciba en la misma misericordia en la que ya han entrado tus hermanos.”

¡Dios quiera que estas palabras



lleguen a tener la virtud de ayudarnos a atravesar el curso tormentoso e incierto de nuestro peregrinaje y conseguir que un día lleguemos con puntualidad a la eterna cita que nos espera con el Corazón de Cristo!

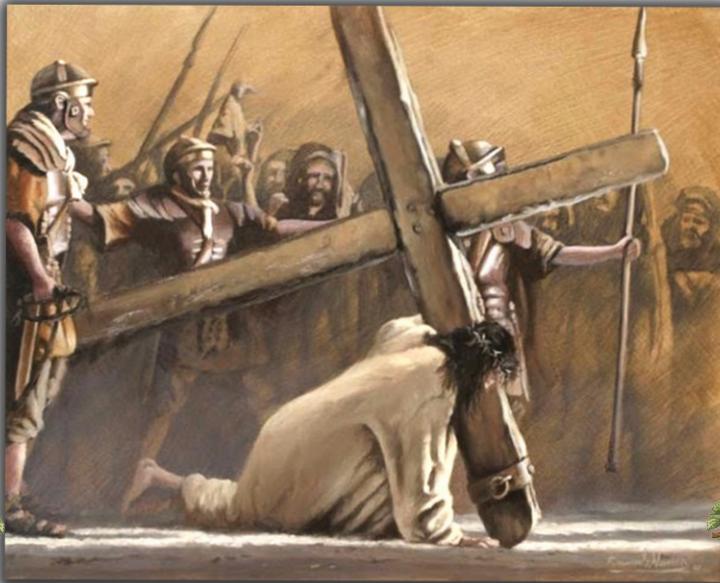
Si nos atrevemos, h e r m a n o lector, a cultivar esta

esperanza, yo te diría: ¡Ánimo!, se acerca el tiempo en que sonará la hora suprema de la partida y en la que el celestial Esposo, a quien hemos amado y servido, por quien hemos llevado la cruz con amor y resignación, nos dirá..

**“PASA, VEN A MÍ,
ENTRA EN LA FELICIDAD
Y EN EL REPOSO ETERNO.”**

¡Sea para gloria de Dios!

Si ésta es mi cruz



*Si ésta es mi cruz, Señor, yo la recibo
que una vez te pedí adorarte ,
una cruz de dolor dónde encontrarte
y hoy, que Tú me la das, yo te bendigo.
Si ésta es mi cruz, la tomaré en mis brazos
y junto a Ti, bajo tu sombra amada,
mi alma caminará valiente y resignada
siguiendo siempre tus divinos pasos.
Y mientras más pesada sea la carga,
y más dura la vida y más amarga,
te amaré con más fuerza el alma mía,
y sufrirá por el que te ha olvidado,
y llorará por el que no te ha amado,
y será tu agonía, mi agonía.*